

# Borges y la sólida desdicha

Daniel González Dueñas

*La obra de Jorge Luis Borges genera complicidades geométricas. Daniel González Dueñas y Bruno Estañol se introducen en el laberinto del minotauro de las letras argentinas.*



Benito Quinquela Martín, *Saludo a la Bandera*

## LOS LÍMITES HUMANOS SON LAS OTRAS PERSONAS

Jorge Luis Borges ha dejado un ejemplo perfecto de lo que encierra la frase *los límites humanos son las otras personas* e incluso una escalofriante muestra de cómo los paraísos deben volverse infiernos para ser socialmente aceptados. Se trata del relato de una época en la vida de Borges (1937) en que, a los treinta y nueve años, por

recomendación del padre de Adolfo Bioy Casares, obtiene un empleo en la Biblioteca Municipal Miguel Cané en Almagro Sur, Buenos Aires (dirigida entonces por Francisco Luis Bernárd ez), en donde es destinado al departamento de catalogación y clasificación. Supremo amante de los libros, Borges preveía un paraíso en ese trabajo; no obstante, pasaría en ese sitio “nueve años de sólida desdicha”, según escribe en su multiforme “Auto-

biografía”.<sup>1</sup> Emir Rodríguez Monegal cuenta: “Situada en uno de los más feos suburbios de Buenos Aires, el trabajo en aquella biblioteca proveía a Borges de un salario pequeño y el equívoco título de primer asistente (por encima de él, en jerarquía kafkiana, había no sólo un director sino tres oficiales)”.<sup>2</sup>

En una entrevista publicada en 1985, Borges recuerda en tono coloquial:

Éramos, creo, unos cincuenta empleados, y (...) me dieron libros para clasificar el primer día (...). Creo que clasifiqué casi ochenta libros (...); uno de los compañeros vino a recriminarme, me dijo que eso era una falta de compañerismo, porque ellos se habían fijado un promedio de cuarenta libros para clasificar por día. (...) Entonces, me dijo que yo no podía seguir así, y yo, al día siguiente, clasifiqué treinta y ocho, para no quedar como presuntuoso. Bueno, y entonces, ¿qué sucedía? El trabajo que teníamos que hacer se cumplía en, digamos, media hora o en tres cuartos de hora; y luego quedaba el resto de las seis horas, que estaban dedicadas a conversaciones sobre fútbol —tema que ignoro profundamente—, o si no chismes, o si no, por qué no, cuentos “verdes”. Ahora, yo no me escondía porque había encontrado una extraña ocupación: la de leer los libros de la biblioteca.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> En esta frase, el adjetivo “sólida” se cita también como “continua” o “firme”, y a veces se cambia “desdicha” por “infelicidad”. Ello se debe a que esta autobiografía fue dictada por Borges en inglés, a comienzos de 1970, a su traductor Norman Thomas di Giovanni; las muy diversas —y a veces contradictorias— versiones españolas son re-traducciones del original inglés. Éste fue publicado por vez primera en *The New Yorker* como “An Autobiographical Essay 1899-1970” y luego fue incluido en *The Aleph and Other Stories* (E.P. Dutton, Nueva York, 1970). En español apareció primero en el suplemento del diario *La opinión* (septiembre 17 de 1974) y luego como libro en el centenario del natalicio del escritor (El Ateneo, Buenos Aires, 1999), con una traducción de Marcial Souto y Thomas di Giovanni que presenta notables modificaciones respecto al texto de *La opinión*.

<sup>2</sup> Emir Rodríguez Monegal: *Ficcionario*, Fondo de Cultura Económica, colección Tierra Firme, México, 1985.

<sup>3</sup> Borges entrevistado por Osvaldo Ferrari en *Diálogo I*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985.

Cabe imaginar con más detalle esa primera jornada. Borges ha elaborado fichas de ochenta libros con atención y esmero, y se dispone a ir por más volúmenes. Probablemente se dirige hacia la oficina de uno de los tres oficiales cuando un empleado, que lo ha estado observando, lo intercepta y le transmite un mensaje que podría haber sido emitido por este individuo o por cualquier otro miembro del grupo: “Si trabajas a ese ritmo, nos haces quedar mal a los otros”. En cierta forma se trata de un mensaje colectivo: la voz del “nosotros”, sin perder ese plural, se ha canalizado a través de lo singular.

En los días siguientes, Borges aprende lo que *se espera de él*: no sólo que se ajuste al ritmo establecido de trabajo, sino que no haga un *desaire* a sus compañeros. “Compañerismo” significa que dedique una parte mayoritaria de su horario laboral (cinco sextas partes) a extenderse en la convivencia y la conversación. Si dedicara estos lapsos a leer los libros de la biblioteca o a escribir, ello sería considerado como una ofensa al grupo, un desprecio. La pura presencia de un empleado que no se rinde a la rutina equivale a la denuncia del mecanismo burocrático; de inmediato se genera en su entorno, por sí misma, la pregunta: *¿Y éste quién se cree que es?* Será definido, pues, como un *creída*, alguien que se da “aires” y que, por tanto, comienza a ahogar a los demás, como quitándoles oxígeno (no otra cosa es un “desaire”).

Todo aquel que va demasiado rápido, así como quien va demasiado lento, es oportunamente “corregido”. Lo mismo sucede a quien sube o baja demasiado y, en general, a cualquiera que se desprende del promedio. El compañero de Borges que lo intercepta “a tiempo”, no es un individuo en ese instante: es *la sociedad*. O mejor dicho, está poseído por ella. Fuera de ese instante de amonestación, es con toda probabilidad un individuo honesto, simpático y generoso, dotado con características propias, irrepetible en sus fulgores y sombras. Pero en ese preciso momento, aquello que lo poseía se activa y lo convierte en severo fiscal, juez sin misericordia y verdugo eficiente. A eso se limita el *compañerismo* en la vida social: al resorte oculto que se echa a andar ante el menor rastro de lo excepcional, a la alarma que



Antonio Berni, *Manifestación*, 1934



Antonio Berni, *Desocupados*, 1934

## Todo aquel que va demasiado rápido, así como quien va demasiado lento, es oportunamente “corregido”.

adviente a todos sobre lo no común, a la llamada de atención acerca de lo no autorizado a *creerse*.

Podemos suponer una variante: el director de la biblioteca escucha ese diálogo, se da cuenta de la situación, amonesta a los admonitoros y les prohíbe volver a molestar al nuevo empleado, da más libros a Borges y éste se convierte en su “elemento” favorito, y no por ser el único que trabaja por pasión y no por rutina, sino simplemente porque es el más “productivo”. ¿Implica esto que se cumplirá aquel paraíso que Borges anhelaba? En absoluto: se le abre un infierno aún peor. Borges tiene ahora la autoridad concedida por la señalización del director y por tanto es “intocable”, pero los *medios del promedio* son ilimitados. Se volverá un paria, los compañeros no le dirigirán la palabra, le dificultarán todo, le pondrán obstáculos, lo sabotearán en cada oportunidad posible y no escatimarán el rencor y hasta el odio en sus conversaciones. Lo volverán un paria.

El gran lema es “El que no se dobla, se quiebra”. Si imaginamos que el director lo señala y le da un trato preferencial, los sutiles métodos de tortura del grupo irán arreciando hasta que el paria *se doble*, como los demás. Borges paga una parte del tributo cuando disminuye su capacidad de trabajo (de ochenta a cuarenta libros por día, “para no quedar como presuntuoso”), pero no accede a la otra parte, sostener conversaciones casuales para ganar la aceptación del grupo. Y aunque hubiera hecho esto último, la “sospecha” lo habría rodeado de todas formas y jamás el clan le habría dado pleno acceso. Todo grupo social cuenta con un sexto sentido, muy aguzado, que automáticamente detecta no sólo a lo diferente y a lo “otro”, sino a lo que apunta en esa dirección sin serlo todavía e incluso a lo que tiene una mera apetencia, una simple curiosidad por las alternativas, *aunque él mismo no lo sepa*. El máximo pecado no es el anonimato, sino todo aquello que intenta trascender la línea media. El pecador es quien “se cree” sin contar con la creencia de los demás. Y este apoyo colectivo, que en realidad es *fe*, se da muy rara vez y sólo como premio por haber vencido a la mayor de las resistencias.

Borges se aísla, pues, para leer y escribir, y de esta experiencia surge *La biblioteca de Babel*, según advierte en la “Autobiografía”, este texto:

Procuré ser una visión pesadillesca o una magnificación de esa biblioteca municipal, y ciertos detalles en el texto carecen de una significación determinada. La cantidad de libros y anaqueles que mencioné en mi relato fueron literalmente los que tenía a mi alcance. Críticos perspicaces se han preocupado por esas cifras y las han dotado, generosamente, de un significado místico. Tanto *La lotería en Babilonia* como *La muerte y la brújula* y *Las ruinas circulares* fueron escritas, en todo o en parte, robando tiempo a mis horarios allí.

Pero todos *roban tiempo*. Si los empleados de la biblioteca cumplen su trabajo en una hora y les quedan cinco libres, no se piense que deambulan libremente en un ocio tolerado por los jefes. En la entrevista citada, Borges indica: “había que simular que se trabajaba cada día”. A la vista de las autoridades, la jornada de trabajo transcurre en febril actividad: se trabaja sin cesar, se produce, se progresa. Sin embargo, el nuevo empleado aprende pronto cómo simular que trabaja, tal como lo hacen los demás. No se trata de una simulación aislada: en la maquinaria social todo es representación, histrionismo, mascarada. Unos a otros se roban tiempo hasta que no queda un verdadero transcurrir sino un estancamiento sin aire, una falsa apariencia de inmutabilidad, de orden divino en donde se simula que se vive cada día. Lo refleja bien el ámbito en que se desarrolla *La biblioteca de Babel*: el silencio sepulcral, la vastedad del sinsentido. Robarse tiempo unos a otros significa despojarse mutuamente de identidad; por eso se ha llegado a afirmar que los verdaderos límites humanos son las otras personas. “Darse aires” es “desairar”: quitar oxígeno a los demás, el poco que cada uno se ha resignado a tener.

### LOS DOS MODOS DE AUTORIDAD

Se dice que un día, un empleado de esa Biblioteca Municipal encontró un libro acreditado a Jorge Luis Borges. “Mira”, le comentó, “éste se llama igual que tú. Qué curioso, ¿no?” Borges respondió: “Sí, qué curioso”. En su nuevo empleo, Borges no dispone de autoridad alguna: por ello es rotundamente imposible para ese compañero relacionar a Borges con el autor del libro que

lleva su nombre. Por tanto, lo que este novicio es no proviene de sí mismo sino del consenso del grupo en que se ha insertado.

La sociedad funciona como una pirámide de distintos niveles, tajantemente separados unos de otros, y a tal grado, que puede pensarse que entre los niveles hay abismos. Esto se ejemplifica bien con una aserción de Aristóteles (luego heredada por Tomás de Aquino): “el campesino no envidia al rey”, tan lejos están los niveles de uno y otro. Cada nivel tiene su propia jerarquía de valores, pero en términos generales puede hablarse de dos tipos de autoridad que funcionan en cada nivel: una proviene desde arriba, otra desde abajo. Desde “arriba”, la autoridad es impuesta en un acto de poder que todos acatan pero que en el fondo detestan; desde “abajo”, la autoridad *se gana* y ello es la más ardua de las faenas, la más tasada y reglamentada.

El director de la Biblioteca Municipal Miguel Cané no empezó desde abajo en esa dependencia en particular, sino que ha ido de uno a otro cargo; generalmente esas mudanzas se deben a cambios presidenciales en la “cúpula”, es decir, a administraciones políticas que repercuten en todos los niveles inferiores. Los “de arriba” son remplazados de tanto en tanto según varían los vientos políticos: un nuevo presidente nombra a los miembros de su “gabinete” y cada uno de éstos a sus funcionarios; ellos, a su vez, colocan a personal de su *confianza* en puestos de mando. Un día se informa a los empleados de la Biblioteca que el director ha cambiado y éste llega a ocupar su nuevo asentamiento con los oficiales que suelen acompañarlo en los traslados (el director anterior se ha ido llevándose a su “equipo” al nuevo cargo). Los empleados nada tienen que ver en ese nombramiento; para ellos, sencillamente, la “figura de autoridad” es otra y deben adaptarse a su “modo” particular.

El nuevo director no puede sustituir a todo el personal de la Biblioteca: debe, por tanto, acomodarse al

grupo que le ha tocado dirigir; esos rostros tampoco serán para él más que “otros” subordinados. Si es un buen político, se “adaptará” al particular modo colectivo, sabrá ganarse al grupo *por la buena*; si lo hace así, será una cortesía porque no está obligado a ello: el poder lo dota con una serie de advertencias, sanciones, correctivos, por si se ve obligado a actuar *a la mala*. La autoridad es una administración del poder y, por tanto, sólo puede imponerse más (“por la mala”) o menos (“por la buena”).

En el mundo de arriba, la permutación (de cargo en cargo, de oficina en oficina) es concebida como signo de avance personal; mas un funcionario nunca se mueve sin su séquito, esos cuantos allegados que son su “gente de confianza”. Esta última palabra es clave: lo primero que hay entre jefes y subalternos es desconfianza. La rotación de rostros en la esfera superior afecta poco a “los de abajo”: pueden ser éstos o cualesquiera otros. El mundo de abajo desconfía de cualquier cambio, y también lo teme, pero sabe que los súbitos movimientos en las aguas tienden a aquietarse y que pronto se vuelve a la “normalidad”. Y es que en ese mundo cualquier variación debe ser tan despaciosa como sea posible: ver siempre los mismos rostros en las jornadas de trabajo es un tranquilizador signo de permanencia, de inmutabilidad.

La autoridad “desde arriba” se debe a influencias, amistades, relaciones, es decir a actos de poder, pero quien es y juegan a este nivel toman muy en serio a la obtención de esa autoridad en tanto “carrera en la administración pública”. Las colocaciones no suelen darse con base en las carreras profesionales o en las aptitudes personales de los funcionarios, sino en un mero recuento de méritos políticos. Sin embargo, pese a sus relaciones, también el funcionario “pica piedra” a su manera: aunque el director de la Biblioteca Miguel Cané no empezó “desde abajo” en ese sitio, detenta una autoridad que ha ganado penosamente con los años, de puesto en puesto, de oficinas menores a dependencias mayores; a estas últimas no llega nadie que sea joven, a menos que haya “jugado realmente sucio” o que disponga de influencias especialmente poderosas.

Los empleados de la Biblioteca contemplan con ulterior resignación esos cambios en los cargos directivos impuestos “desde arriba”; se trata simplemente de nuevos rostros en una figura “eterna”, aquella a la que debe obedecerse en términos generales. Y en realidad muy pocos de los empleados desearían estar en ese cargo, que implica responsabilidades y faenas que no están dispuestos a asumir. De forma mayoritaria prefieren ser los que “permanecen”, los que sostienen su mundo, el “de abajo”. Éste se regula de otro modo, por sí mismo, y tiene su propia codificación acerca de la autoridad.

En este nivel se comienza precisamente “desde abajo”: a veces los empleados veteranos introducen a sus hijos



Emilio Pettoruti, *Rincón de silencio*, 1926



o parientes para sucederlos cuando aquellos se jubilen. A veces de modo espontáneo aparecen jóvenes “aprendices”, sin estudios ni apoyos económicos, que comienzan a hacer méritos desde los puestos más humildes; empiezan, por ejemplo, como afanadores y con los años van “subiendo”, penosamente, hasta que aprenden oficios, son admitidos por el gremio o sindicato y acceden a la estructura de “escalafones”. Esa escala culmina para ellos en puestos administrativos: ya no pueden subir más; es generalmente la época de sus vidas en que están cercanos a la jubilación. Una vida entera dedicada a ese mundo (o al menos un periodo prolongado) genera el respeto de los integrantes del grupo; para ellos la verdadera autoridad es esa, la que se ha ganado gota a gota a través de los años, humilde y calladamente, *picando piedra*.

Borges ya tiene como *handicap* el haberse incorporado a la Biblioteca por recomendación de un amigo del director, y no por ardua obtención de méritos a través del “escalafón”. No es una mecánica infrecuente pero se considera una trasgresión directa, una especie de abuso de autoridad: el director puede elegir e imponer a sus oficiales, pero se sobreentiende que no debería tener ese tipo de injerencia en el mundo de abajo, regido por otras reglas. Sin embargo, el hecho se acata como otra orden más, con silenciosa desaprobación; es un entrometimiento merecedor de todas las trabas que puedan colocarse en su camino a modo de protesta, de resistencia pasiva. Así pues, Borges cuenta, de entrada, con la animadversión del grupo.

Su posición no podría ser más delicada: detenta una autoridad de “arriba” aunque debe moverse entre los “de abajo”, es decir, entre quienes, en su mayoría, llevan años ahí y han ganado sus puestos en la pirámide con esfuerzo sostenido; de ahí el valor supremo que tiene el *aire* que los empleados puedan darse, es decir, los mínimos espacios vitales que son capaces de recuperar (la conversación en los pasillos, la hora del café) mientras se hallan sometidos a la humillación no sólo de haber invertido sus vidas en ese sitio sino además de tener que acatar imposiciones y abusos. La autoridad de “arriba” nunca conoce realmente a la de “abajo”, y viceversa: de ahí el otro abismo, interno, que se abre entre directivos y subordinados.

Para los empleados de la Biblioteca, Borges es de los que habrán de irse cuando el funcionario que lo favorece “se vaya” en el siguiente cambio de administración, ya sea porque se lo lleve con su grupo de confianza o porque se desentienda de Borges —en este último caso, ya carente de apoyo o influencia, éste deberá renunciar. Si, a pesar de todo, ese novicio incómodo quisiera permanecer en su puesto, tendría dos opciones: una, por medio de la autoridad “de arriba”, estribaría en congraciarse con el nuevo director (maniobra muy ardua y



Emilio Pettoruti, *El sifón*, 1915

casi imposible); la otra sería a través de la autoridad “de abajo”: hacer un reduplicado esfuerzo por ganarse el respeto de sus compañeros, o al menos su simpatía. Pero esto último se halla lejos de toda posibilidad: el nuevo empleado, totalmente desconocedor de los dos “modos” de la autoridad, comienza trabajando ya el primer día de un modo que insulta a los demás y los pone en situación riesgosa. Es inmediatamente amonestado, y Borges responde con una transigencia: reduce su ritmo de trabajo. Sin embargo, no transige en lo demás: no entabla conversaciones, no se muestra dispuesto a aprender el “modo” del grupo, no intenta siquiera hacer méritos y ganarse algún respeto de la comunidad. No ha comenzado desde abajo, pero está *abajo*. De ahí sus nueve años de sólida desdicha.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Siete décadas después, la Biblioteca Miguel Cané sobrevive en el barrio de Almagro y cuenta con un “Espacio Cultural Jorge Luis Borges”, en donde artistas de vanguardia han realizado instalaciones o experiencias teatrales alusivas a la estancia de Borges en ese sitio y a los conflictos que vivió ahí.



Emilio Pettoruti, *Sol argentino*, 1941

#### EL INFIERNO DE TODOS TAN AMADO

Si el director de esta Biblioteca Municipal o alguno de los oficiales tratara mal al recién llegado, los compañeros le tendrán lástima y podrán apoyarlo, siempre y cuando hubiera “hecho méritos” y se mostrara proclive a pertenecer al grupo y acatar todas sus reglas (no escritas en parte alguna pero sobreentendidas en cada acto de los integrantes). Mas si se muestra soberbio o presuntuoso, si se da “aires”, si se “cree ser” distinto o superior a los demás, la lástima se trocará en franco rechazo... o en algo peor si insiste pese a todo.

Rodríguez Monegal afirma que Borges, en ese primer día en la biblioteca y a resultas de la enorme cantidad de libros que clasificó, “fue casi linchado por colegas que así quedaron al descubierto en su cultivada haraganería”; este recuento contiene un exceso de indignación contradicho por el relato del propio Borges, según el cual se trató de una amonestación verbal más o menos razonada, es decir, “civilizada”. Sin embargo, este último calificativo no significa sino miedo al castigo laboral, legal o penal. Así se comportan las burocracias en casi todos sus niveles: al menos la primera advertencia es cortés. Si ella es desoída, sobreviene un periodo de resistencia pasiva contra el trasgresor. Y, en efecto, si pese a todo continúa la rebeldía del *creído*, la línea está abierta a la violencia y al crimen, primero metafóricos, luego literales, como muestra la purga colectiva conoci-

da como linchamiento. Borges pasó “nueve años de sólida desdicha”, lo que significa que consiguió mantener estables las hostilidades, acaso a través de su método del tributo parcial: por un lado bajó su ritmo de trabajo; por otro, se hizo despreciar para que el grupo lo volviera paria invisible y lo dejara en paz. “A pesar de estas miserias”, escribe Rodríguez Monegal, “conseguía aislarse en el sótano o, si el tiempo lo permitía, en la azotea, para leer y escribir”.

Acaso la misma estrategia jugaron Kafka y Pessoa, entre tantos eminentes sembradores de la discordia en los aparatos burocráticos. Mas en otros casos no podrá evitarse el estallido de la violencia, cuyo fin es eliminar esa “mala semilla” para devolver el orden a un infierno que sólo es aceptado porque todos, *sin excepción*, lo sufren por igual. Si tales son los extremos a que llega la inercia para mantenerse, si el infierno impuesto es la única regla del promedio, no es difícil entender por qué ciertos individuos, sedientos de ser *alguien* y tener autoridad —esto es, poder— llegan también al crimen. En el fondo de numerosas psicopatías está el ansia de dominio: disponer de una vida humana de modo metafórico o literal. A esto se ha llamado el síndrome de Eróstrato.

#### LA RESISTENCIA PASIVA

Como todos los grupos, ese medio centenar de personas que trabaja en la Biblioteca Miguel Cané tiene sus razones para actuar como lo hace, y éstas no son despreciables o arbitrarias: si se permitiera al nuevo empleado trabajar a su ritmo, los otros “quedarían mal” y tendrían que igualar ese ritmo; así, perderían lo único que endulza su atroz rutina: los ratos de ocio, la lectura del diario, las conversaciones sobre familia, deportes, sexo y política: el poco *aire libre* de que pueden disponer.<sup>5</sup> Para ellos un trabajo resulta igual que otro: es lo mismo laborar en una biblioteca que en un matadero, y ello porque todo trabajo implica la misma humillación, que cada uno acepta calladamente. La sociedad se basa en apocar, infamar, rebajar: quien quiera pertenecer a ella, o se dobla o se quiebra. Y esta humillación es concebida del mismo modo que se contempla a la muerte.

Así como la mortalidad humana es aceptada únicamente porque concierne a todos y cada uno, los sojuzgamientos, despojos y rapiñas contra cada ser

<sup>5</sup> En la “Autobiografía” Borges incluye esta información: “En el trabajo, los otros hombres no se interesaban en otra cosa que en las carreras de caballos, en el fútbol, en los cuentos obscenos. Una vez una mujer, que era una de las lectoras, fue violada cuando iba para el lavabo de damas. Todos dijeron que esas cosas tenían que ocurrir, porque los lavabos de damas y caballeros eran contiguos”.

humano son tolerados sólo cuando son compartidos por el grupo entero. Borges es el único que no concibe ese trabajo como un infierno inevitable: en ello consiste su máximo pecado. ¿Cómo es posible que parezca gustarle y hasta apasionarlo? ¿Acaso es indiferente al oprobio que todos soportan sólo porque es el *mal común*? ¿Acaso no es humano, acaso no contempla el sufrimiento de los demás, ese insoportable dolor que paradójicamente se ha vuelto monótono? Éste no atormenta porque es *general*, sólo lacera cuando se individualiza.

No únicamente las burocracias sino todo grupo humano podrían ir más rápido, subir más alto, profundizar más hondo. Sin embargo, cada nuevo integrante recibe una oportuna reeducación. Si va más lento, si cae más bajo o si se instala en la mera superficie, no faltarán voces piadosas que lo reubiquen en el ritmo y el nivel de todos. Y es que la mentalidad burocrática, base de toda célula (familia, escuela, equipo), no consiste sino en una venganza callada, en una *resistencia pasiva*: si esa mentalidad no va más rápido o más lento, más alto o más bajo, más adentro o más afuera, es porque no le da la gana. Y no le da la gana porque no le incumbe realmente y porque todas las humillaciones son una sola. No es una fatalidad, un “ser así”, sino una decisión, acaso la única que tal mentalidad se considera libre de tomar: la de *resistir*. El oprobio se acepta porque: 1) nadie protesta en voz alta; 2) es menos incómodo aguantar que afrontar; 3) todos los órdenes en la sociedad son formas de la resistencia, mayor o menor, contra una humillación única que tiene mil manifestaciones adaptadas a cada contexto.

Si cada integrante de ese grupo de la Biblioteca Manuel Cané ha aceptado perder tanto de sí mismo, si ha convenido en el infierno inevitable, es porque existe algo trágico y heroico en la forma en que todos se apoyan unos en otros para resistir. Además, a través de la resistencia pasiva han logrado reclamar pequeños o grandes momentos de desahogo: la hora del café, la plática en los pasillos sirven para recordar que *resistimos*, que somos humanos pese a todo. Que no venga ninguno, pues, a trastocar un orden tan penosamente soportado; un paradójico orden que es tan precario como monolítico, tan fugaz como inamovible.

Si *los límites humanos son las otras personas* es porque el parejo nivel del *nadie* social equivale a una suprema venganza: que a cada individuo cueste un trabajo monumental tener la autoridad para hacer y decir, sin que se suscite la pregunta *¿Y éste quién se cree que es?* Pero la autoridad se tasa también en el ser. Parece que sólo la celebridad “es” (en el sentido de “*ser alguien*”), mientras que el anonimato equivale al no ser (en el sentido de “*ser nadie*”). La sociedad depende de que sus integrantes sean *límites*, no seres. No hay “intercomunicación” sino interlimitación. La creencia equivale a

decir: “llegas hasta aquí porque yo he aceptado que llego hasta aquí”. Así se crean las grandes convenciones: lo imposible, lo impracticable, lo inútil, lo inservible, lo “no humano”.

La exclamación *¿Y éste quién se cree que es?*, tiene una segunda parte inferida: “¿... si no tiene derecho a creerse?”. Nadie es el que carece del derecho a creerse un *quién* (persona). Negarle ese derecho equivale a convertirlo en un *qué* (objeto). Sin embargo, ¿no es verdad que cualquiera posee ese derecho *per se* y que puede ejercerlo en silencio, para sí mismo, cuando le dé la gana? Y esa es la clave: el derecho *per se* sólo existe para *nadie*. Mientras éste ejerza ese derecho en el silencio y el anonimato que son su prerrogativa (la de un *qué*), no molestará a ningún individuo que lo rodee, por la sencilla razón de que ninguno habrá de enterarse. Pero si pretende expresarlo —e incluso si se trasluce de modo involuntario en su lenguaje o comportamiento—, en su entorno surgirá de inmediato aquella exclamación (se le recordará, de mil formas distintas, que no tiene derecho a creerse un *quién*). El verdadero derecho que debe ganarse es aquel que impida a los demás preguntarse *¿Y éste quién se cree que es?*

Esta pregunta resulta una paradójica afirmación negativa: “Es *nadie*”. El derecho a creerse existe *per se* en



Emilio Pettoruti, *Libro en blanco*, 1946





Benito Quinquenela Martín, *Cargadoras de naranjas en Corrientes*

cada individuo, pero sólo los demás pueden refrendarlo, lo que significa aceptar, por consenso, el derecho de uno a creerse un *quién*. Tal derecho se gana, y tan arduamente, que bien puede decirse que lleva toda una vida; también es posible enunciarlo de otro modo: la vida no es otra cosa que la acumulación de esfuerzos para ganar ese derecho. Una persona puede creerse lo que le dé la gana (derecho *per se*), pero para que a los demás les dé la gana aceptar y compartir esa creencia (derecho de reconocer por consenso), aquella persona debe ajustarse, con furor inusitado y absoluta convicción, al *canon* la enorme y casi infinita serie de regulaciones, reglas, códigos, noviciados, novatadas, subiniciaciones, tributos, impuestos, trabas, dictados y autorrepresiones que existen en cada grupo humano a escala de la pirámide que forman todos juntos. Ese complejísimo *canon* no está escrito en parte alguna: nunca se enuncia, sólo se trasluce en la vida social; nunca se entiende, sólo se sobreentiende en cada uno de los enfrentamientos del individuo con la sociedad; nunca se enseña, sólo se aprende, y de modos cada vez más duros y dolorosos a medida que avanzan las etapas de la existencia individual.

Tanto en el caso de quien cae, como en el de quien se levanta, la sociedad nos *posee* y nos impele a restaurar el “equilibrio”, que simplemente significa retornar las cosas a la línea media, al promedio, al *medio*. Cuando alguien baja de la línea media, nos brota un rostro

de samaritano; no buscamos las razones de la caída, no juzgamos: comprendemos que esa persona *sabe que no es*. Cuando alguien sube del promedio, nuestro rostro se vuelve de vengador: no sólo le buscamos las razones sino que las juzgamos y en un segundo pronunciamos la sentencia: condenamos a quien *se cree que es*. La compasión de camarada en el primer caso se vuelve furia de verdugo en el segundo. La autoridad equivale a la respuesta que se da a *¿Y éste quién se cree que es?* ¿Es que el ser corresponde únicamente a una cuestión de creencia, credulidad, credibilidad o fe? ¿Cuál es la fe que nos lleva a levantar a quien “sabe” que no es, y a atacar a quien “se cree ser”?

No faltan *razones*, pues, al grupo de la Biblioteca Municipal Manuel Cané, que reacciona cuando Borges llega a trastocar sus normas. La “razón” primordial es que un rebelde, un *outsider*, un distinto, hace dolorosamente consciente la humillación, base única de la sociedad. Y si se sigue por esa línea podría revelarse la mayor de las pesadillas: entonces cada uno se cuestionaría hasta dónde la humillación lo ha llevado a tener una vida muy distinta a la que proyectaba cuando era niño, a matar sus sueños uno a uno, a configurarse y conformarse con esa sombra que resiste callada. Entonces cada uno se daría cuenta de que ha pactado *no ser*, y de que ese pacto se basa en que nunca vuelva a creer en sí mismo como lo hacía en la infancia, cuando era plenamente humano y no *humano pese a todo*.